

«CHACO», novela de *Luis Toro Ramallo*. Nascimento. Santiago de Chile, 1936

La Guerra del Chaco nos ha dado varios libros de calidad literaria. Hace algún tiempo tuvimos la oportunidad de glosar en estas mismas páginas «Sangre de Mestizos», del escritor boliviano Augusto Céspedes, y dijimos entonces que en nada desmerecería este libro de los que acerca de la Guerra Europea se han publicado, en cuanto al dramatismo con que subraya el hecho bélico y que aun aventajaba a éstos en el papel que en el libro de Céspedes tiene la naturaleza del Chaco, inclemente e infernal, de por sí tema literario y humano, de subyugante interés. Ultimamente hemos leído «Chaco», de Luis Toro Ramallo, joven escritor boliviano como Céspedes y como éste actor en la lucha fratricida. El libro de Céspedes es una sucesión de cuadros sin más nexo entre sí que el tema; el de Toro es, desde el punto de vista de la técnica literaria, de mayor contextura novelesca, pues hay continuidad en la acción, ya que es un solo hombre quien va relatando sus peripecias a través del Chaco, desde antes de la guerra hasta el día en que cayó herido mortalmente. El relato se desenvuelve rápido y flúido, en un estilo vigoroso, cortante y de un realismo crudo. Toro no para mientes en el empleo del término grosero, ni en las descripciones de bajos actos humanos, pues para él lo esencial es dar la sensación exacta y vívida de lo que es el Chaco y de lo que ha sido la guerra. Llega en su gráfico realismo a producirnos sensaciones olfativas. En los diálogos encontramos igual crudeza. Es el libro de un soldado, escrito por un sol-

dado, en un lenguaje rotundo, enérgico, como corresponde a un hombre que no se amilana ante la barbarie guerrera. Habla con la voz bronca del hombre acostumbrado a recibir y dar órdenes sin explicaciones. Lenguaje de cuartel que tiene el mérito de exaltar la virilidad y de endurecer la lacrimosa sentimentalidad de los cómodos. Toro es un hombre rebosante de vitalidad; así su estilo y así el sentido que tiene de la vida. Oigámoslo una vez más:

«Ahora comprendo el sentido del cerro. La llanura es la negación, la monotonía, la muerte. Por eso, los cansados y los muertos buscan la horizontal. Todo lo que se estanca o se deshace se convierte en llanura. El agua misma vive mientras corre, mientras salta. Cuando llega aquí y negrea en los charcos de las cañadas es también una llanura pequeña y obscura, que sólo incuba miasmas. En cambio, el cerro es el seno que alimenta a la tierra, el que brinda el manantial y la cascada, el que nos enseña a comprender el aire, el horizonte, la distancia».

El párrafo preinserto nos da la medida del espíritu que ha animado a Toro al escribir su libro. Jamás la queja femenina, el acento tímido, la palabra dolorida. Tiene Toro de la vida un sentido donisíaco que exalta con un lirismo macho. La guerra es la guerra, y quien sea hombre vaya a ella y viva su tremenda tragedia. La condenación no surge de sus palabras; surge de los hechos escuetos y con elocuencia patética.

Las descripciones del paisaje y vida chaqueñas sabe Toro pintarlas en trazos precisos, suscitando en nosotros una atenta curiosidad e informándonos de algo que hasta la fecha permanecía ignorado en nuestros conocimientos. El Chaco infernal vive en sus páginas con tal relieve, que al terminar la lectura del libro se diría que lo hemos recorrido teniendo como guía a Toro. Con él hemos recorrido «el tuscal hirsuto y la crin brava del pajonal, azotados por el sol», hemos hecho vida de campaña y

vivido las horas intensamente trágicas de la guerra. Respiramos el ambiente del Chaco y de la guerra que él desató. Tal es la sensación que dejó, estremecido el espíritu, la lectura de esta novela.

Si en literatura la forma constituye, acaso lo que da a la obra mayor calidad artística, de este libro podemos decir que, escrito en un lenguaje sobrio, rudo, puro en su corrección gramatical, tiene el mérito innegable de lo vivido, de lo auténtico, de lo que destila fuerza humana; no encontramos en él ficción, artificio, retórica blanda de adolescente. Voz de hombre que retumba en nuestros corazones con un estremecimiento de pavor. Y si es el fondo lo que seduce, hay en «Chaco» geografía humana en las descripciones, revelación de algo que era inédito para nosotros, dramatismo intenso en la evocación bélica. Por su forma y su fondo, libro destinado a sobrevivir por sobre el dolor americano que constituyó la Guerra del Chaco.—MILTON ROSSEL.



BIOGRAFÍA PARA USO DE LOS PÁJAROS, por *Jorge Carrera Andrade*.

El gran poeta ecuatoriano, el de *Boletines de mar y tierra*, el de *Rol de la manzana*, el de *El tiempo manual* que Adolphe de Falgairollos tradujo ya al francés, nos envía desde le Havre donde sirve la representación consular de su país, un nuevo poemario, cuyo primer poema da el nombre al volumen:

«Nací en el siglo de la defunción de la rosa,
cuando el motor ya había ahuyentado a los ángeles.
Quito veía andar la última diligencia
y a su paso corrían en buen orden los árboles,
las cercas y las casas de las nuevas parroquias,
en el umbral del campo
donde las lentas vacas rumiaban el silencio
y el viento espoleaba sus ligeros caballos» . . .